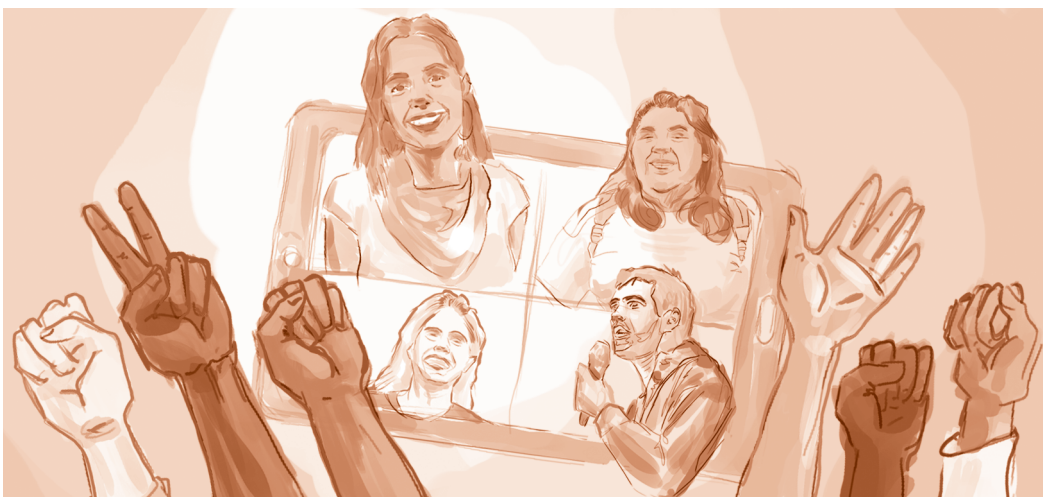


Colección

Las juventudes argentinas hoy:
tendencias, perspectivas, debates

Juventudes, democracia y crisis



Pandemia, post-pandemia y después

Pablo Vommaro, Ezequiel Perez (compiladores)

Pablo Vommaro, Ezequiel Perez, Diego Beretta, Daniela Soldano,
Matias Capeluto, Florencia Falter, Sonia Lombardo, Iara Hadad, Julia Di Carlo,
Pablo Audero, Daniela Vilar, Gonzalo Asussa, Daiana Monti, Mercedes Dalessandro,
Marina Adamini, Angeles Sánchez y Juan Carlos Escobar

**PABLO VOMMARO
EZEQUIEL PEREZ**
(COMPILADORES)

Juventudes, democracia y crisis

Pandemia, post-pandemia y después

**PABLO VOMMARO, EZEQUIEL PEREZ,
DIEGO BERETTA, DANIELA SOLDANO,
MATIAS CAPELUTO, FLORENCIA FALTER,
SONIA LOMBARDO, IARA HADAD, JULIA DI CARLO,
PABLO AUDERO, DANIELA VILAR,
GONZALO ASUSSA, DAIANA MONTI,
MERCEDES DALESSANDRO, MARINA ADAMINI,
ÁNGELES SÁNCHEZ, JUAN CARLOS ESCOBAR**



Juventudes, democracia y crisis : pandemia, post-pandemia y después
/ Pablo A. Vommaro ... [et al.] ; compilación de Pablo Vommaro ;
Ezequiel Perez.

- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editor
Universitario, 2023.
156 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-8308-92-0

1. Ensayo Sociológico. 2. Jóvenes. I. Vommaro, Pablo, comp. II.
Perez, Ezequiel, comp.
CDD 305.23509

1ª edición: Abril 2023

Diseño, composición, armado: GEU

Diseño de tapa: GEU

Ilustración de tapa: Juan Manuel Cortés y Marina Laura Burstein

© 2023 by Grupo Editor Universitario
San Blas 5421 (C1407FUQ) C.A.B.A.

ISBN: 978-987-8308-92-0

Queda hecho el depósito de ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el consentimiento previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Impreso en Argentina

Índice

Presentación	7
Por Ezequiel Perez y Pablo Vommaro	
Prólogo	11
Por Pablo Vommaro	
Capítulo I	
¿Qué tienen para decir las juventudes?	
La pedagogía de la escucha como premisa de gestión	15
Por Ezequiel Perez	
Capítulo II	
Entre el <i>verdugueo</i> y el confinamiento comunitario	
Experiencias juveniles durante la pandemia de COVID-19	
en la periferia de Santa Fe	25
Por Diego Beretta y Daniela Soldano	
Capítulo III	
Juventudes y Democracia. Pos-Pandemia y crisis	
desde una perspectiva latinoamericana	45
Por Matias Capeluto y Florencia Falter	
Capítulo IV	
Jóvenes, Trabajo y Economía Popular	
Notas y reflexiones a la luz del ReNaTEP	55
Por Sonia Lombardo, Iara Hadad, Julia Di Carlo y Pablo Audero	
Capítulo V	
Conversación con Daniela Vilar	73

Capítulo VI

Juventudes, empleo y desigualdades en la postpandemia argentina	81
Por Gonzalo Assusa y Daiana Monti	

Capítulo VII

Conversación con Mercedes D'Alessandro	101
--	-----

Capítulo VIII

Espejismos laborales detrás de un gigante productivo: precarización del trabajo juvenil en el sector de software y servicios informáticos	111
Por Marina Adamini	

Capítulo IX

Política local y juventudes	123
Por Ángeles Sánchez	

Capítulo X

Conversación con Juan Carlos Escobar	131
--	-----

Sobre los/as autores/as	147
--------------------------------------	-----

Juventudes, empleo y desigualdades en la postpandemia argentina

Daiana Monti y Gonzalo Assusa

La pandemia Covid-19 emergió en un mundo desigual. La crisis de dimensiones totales que vivimos profundizó y aceleró los núcleos más problemáticos de una estructura social que, de manera constante, priva a gran parte de la población del acceso a recursos y derechos sociales. En este contexto, mucho se ha especulado y discutido sobre el rol de las juventudes en la propagación del virus, primero, y en las consecuencias negativas a largo plazo de las medidas de aislamiento y distanciamiento preventivo para este grupo etario, luego.

Algunas voces han mostrado también preocupación por los efectos de profundización en la exposición de las y los jóvenes a las peores y más precarias condiciones en el mundo del trabajo contemporáneo. Sin embargo, más allá de algunas estimaciones hechas en base a las estadísticas oficiales con las que contamos, son pocos los análisis en profundidad basados en evidencia empírica para diagnosticar el estado de las inserciones laborales de las y los jóvenes post-pandemia y los efectos de la crisis Covid-19 en sus empleos.

El presente capítulo pretende aportar a dicha vacancia a partir de un análisis descriptivo y exploratorio sobre la situación laboral de jóvenes en la post-pandemia argentina²⁵, desde una perspectiva que asume la

25 Los datos en los que basamos nuestro análisis provienen de dos fuentes. En primer lugar, las series históricas de la Encuesta Permanente de Hogares del INDEC. En segundo lugar, los datos de la Encuesta nacional sobre la Estructura social de Argentina y Políticas públicas durante la pandemia por Covid-19 (ESAyPP/PISAC-Covid19) relevada en la Argentina urbana entre octubre y diciembre de 2021. El universo de estudio de la ESAyPP/PISAC-Covid19 es doble: los hogares y la población adulta residente en localidades de Argentina mayores a 50 mil habitantes. El diseño muestral probabilístico, estratificado y por conglomerados permite tres dominios de estimación: a nivel nacional, por regiones y

desigualdad social multidimensional como un conjunto de relaciones estructurales. Aquí nos concentraremos en las desigualdades económicas y etarias: la exposición de estos grupos al desempleo, a la pérdida de sus empleos o derechos laborales durante la pandemia, a condiciones de informalidad, precarización, bajos ingresos y al desigual acceso a recursos como coberturas sociales estatales o afiliación sindical. Como planteamos, fueron relativamente pocos los trabajos que se dedicaron a evaluar el impacto de la pandemia en la situación laboral de las juventudes con fuentes estadísticas representativas y de calidad²⁶. Si bien algunas investigaciones exploraron los padecimientos subjetivos y las transformaciones en las dinámicas de sociabilidad de las juventudes en el contexto de aislamiento, no hubo tantos intentos de analizar relacionamente las transformaciones simbólicas de las juventudes en relación al mundo del trabajo y su situación crítica en el mercado laboral en el contexto de pandemia. Un desafío, en este sentido, es reponer la diversidad de experiencias juveniles de la pandemia adoptando perspectivas críticas que nos permitan romper con el adultocentrismo reinante en los diagnósticos de nuestra coyuntura.

Con estos objetivos, dos grandes interrogantes orientan nuestra reflexión: ¿Existieron cambios radicales en la situación laboral de las y los jóvenes en Argentina a partir de la Crisis de la pandemia Covid-19? Y ¿Se transformaron los horizontes discursivos o los universos morales sobre el mundo del trabajo entre las y los jóvenes en la Argentina de la post-pandemia?

La pandemia como crisis de los instrumentos de reproducción social y los marcos sociales interpretativos

La irrupción del virus Covid-19 a nivel global entre los últimos meses de 2019 y principios del 2020 generó un terremoto, no solo en la vida cotidiana de los ciudadanos de todo el mundo, sino también en las interpretaciones de la realidad y los discursos autorizados. La cuarentena no se contaba por semanas aún en Argentina cuando ya habían aparecido un importante número de ensayos y publicaciones dedicadas a analizar

por tamaño de los aglomerados. El tamaño de la muestra relevada es de 5239 hogares y personas adultas, combinando amplia escala y cobertura.

²⁶ Relevantes excepciones al momento de escribir este trabajo son las de Miranda y Alfredo (2021) o Barrera Insua, Noguera y Busso (2022).

un proceso que, en el sentido más enfático de la expresión, se encontraba *on going*.

En un primer momento circuló con fuerza la hipótesis de un cambio radical, de un corte abrupto y de una apertura hacia el futuro. Como se planteó en el momento, la sociedad (y el capitalismo) tal y como la conocíamos ya no existiría más en la *postpandemia*, este último también un concepto que tenía particular fuerza de evocación en los primeros tiempos de la cuarentena.

Con el paso de las semanas, la dominancia de lo nuevo fue dando lugar a críticas y relativizaciones. Aquello que al calor de la ruptura total del continuum de la vida social se interpretó como “nuevas desigualdades” y “nuevos problemas”, fue pronto reinterpretado como una visibilización y una aceleración de quiebres y brechas en potencia, ya instaladas en la estructura social preexistente (Benza y Kessler, 2021). Lo sucedido en los segmentos más precarios e informales del mercado de trabajo o el acceso a equipos informáticos y a conectividad dan cuenta de este proceso.

Núñez (2020) muestra que las desigualdades más profundas en el acceso a la educación estuvieron relacionadas fundamentalmente con el ámbito geográfico-territorial y con la condición social pre-existente de los estudiantes y sus familias. A partir de esto, el autor señala que se produjeron dos tipos de desigualdades: a) la desigualdad en las respuestas provenientes de los Estados (qué hicieron los sistemas educativos de cada provincia, cómo se organizaron las escuelas y las y los docentes, qué recursos tuvieron disponibles para hacerlo); y b) el desigual acceso a esas respuestas (la falta de dispositivos, las conexiones precarias, viviendas sin espacios cómodos para realizar las actividades, superposición de tareas de cuidado, incompatibilidad entre demandas escolares y trabajo, dificultades en conseguir acompañamiento pedagógico con las herramientas necesarias para resolver consignas).

Desde estas investigaciones, es posible observar que la crisis producida por el COVID-19 visibilizó, amplificó, intensificó y/o aceleró dinámicas sociales que la precedieron. Vommaro (2022) sostiene que es necesario hablar de desigualdades sociales persistentes y pre-existentes a la pandemia, así como de desigualdades emergentes que se configuraron a partir de ésta, pues es justamente en el entramado entre la persistencia y la emergencia donde se dirimió la experiencia juvenil durante este tiempo.

En un sentido menos histórico de lectura de la coyuntura y más diacrónico de diagnóstico de la experiencia, la pandemia también fue pensada como un *hecho social total*, recuperando la expresión de Marcel Mauss para hablar del fenómeno del don (intercambio), dado que afectó en simultáneo y en profundidad todas y cada una de las escenas de la vida social.

No es menor, al respecto, recordar que muy a menudo los análisis sociales -particularmente los científicos sociales- hemos encontrado trabas al momento de captar este carácter *total* de la pandemia, sobre todo si consideramos la variable temporal. Durante el período de cuarentena más estricta el cambio o, más bien, el detenimiento del devenir de la vida y de la sociabilidad fue, efectivamente, radical y brusco. Este impacto podía palparse tanto a nivel de las percepciones y sensaciones como en la vida material, sobre todo para las familias dependientes de la remuneración de trabajadores y trabajadoras informales o precarios, con ingresos económicos que se vieron interrumpidos de cuajo.

Cuando comenzó a regir el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO), ante la imposibilidad de trabajar, en algunos casos se produjo una “reconfiguración espacial” (Barriach, Chaves y Trebucq, 2022) hacia dentro de los barrios. Muchos jóvenes comenzaron a hacer “changas” de diferentes tipos dentro de sus barrios. Sin embargo, tal reconfiguración no se sostuvo en el tiempo, dado que la oferta laboral intra-barrial era mucho más escasa que la extra-barrial. Ante esta dificultad, algunos se volcaron hacia cooperativas territoriales enmarcadas en la economía popular y otros tomaron contacto por primera vez con las plataformas de *delivery*. En nuestras investigaciones, situadas en el ámbito de la provincia de Córdoba, también observamos que muchas jóvenes mujeres salieron a trabajar con sus madres: limpiando casas, cuidando niños o haciendo comida casera para vender. En otros casos, hubo quienes pudieron continuar con sus trabajos anteriores, lo que implicó moverse y circular por tiempos prolongados por la ciudad en motos o bicicletas. Esto supuso atravesar múltiples cordones de controles policiales y municipales que se aplicaron con mayor frecuencia sobre personas provenientes de barrios de clases populares (FCS-UNC, 2020).

Cuando las medidas de distanciamiento y seguridad sanitaria se fueron relajando, la posibilidad de captar esa omnipresencia de la problemática a nivel mediático y en diversos trabajos de campo cualitativos que se realizaron en nuestro país fue diluyéndose. Por momentos estas investigaciones hacían dudar acerca de la imposición de temática y de

la cerrazón del ámbito de discusiones de analistas e investigadores que, de hecho, pasan buena parte de su tiempo pensando y debatiendo sobre las consecuencias de la pandemia.

Finalmente, la pandemia Covid-19 (y por momentos también la gestión pública de las problemáticas derivadas de ésta) ha sido frecuentemente nombrada como *crisis*, un concepto con una trayectoria teórica con peso propio en ciencias sociales, y que presenta algunas ventajas en cuanto a su potencia interpretativa.

En primer lugar, hablar de crisis permite asir esta interrupción del continuo de la vida cotidiana también en términos de la dinámica de los instrumentos de reproducción (particularmente relevante para la perspectiva etaria de este texto). Esta noción de crisis, además, permite extender el diagnóstico hacia la historia reciente, e identificar procesos de desestructuración que llevan dos, cuatro o veinte años, y que impactan sobremanera en el abanico de posibilidades de gestión de las problemáticas derivadas de la pandemia.

En segundo lugar, la idea de crisis habilita una conexión con procesos pasados y experiencias históricas, en parte para relativizar esa intuición inmediata (acompañada parcialmente por algunos discursos apresurados) de estar viviendo un fenómeno efectivamente inédito. Por momentos, esta imposición del carácter “inédito” privó a gran parte de la población de marcos interpretativos a partir de los cuales restaurar (de algún modo) el orden simbólico de lo vivido: interpretar, identificar, definir las situaciones, adherir a normas, criticar, actuar. El concepto de crisis nos habla de la desestructuración de los marcos interpretativos.

¿Transformaciones en los modos de generación? Abordaje conceptual para pensar la ruptura de la experiencia social de jóvenes durante la pandemia

Las discusiones sobre cómo gestionar y analizar las edades no solo atraviesa todas las problemáticas sociológicas, sino que genera siempre problemas al momento de tomar decisiones operativas para la investigación: ¿Cuán arbitrario es hablar de “jóvenes”? ¿En qué punto se produce el corte? ¿A los 24, 29 o 34 años? ¿Jóvenes en relación con qué? ¿Cuán homogéneos pueden ser los adultos como grupo? ¿Debemos hablar de adultos mayores o reconocer las diferencias entre la “tercera” y la “cuarta” edad (Lenoir, 1993)? La edad tiene, como casi ninguna otra variable, la ilusión de constituir una dimensión numérica o métri-

ca, con segmentos perfectamente definidos sin irrupción ni arbitrio del investigador. Y esta ilusión no hace más que complejizar su definición teórico-metodológica.

Entendemos por procesamiento social de las edades (Chaves, 2010; Vommaro, 2014) a aquellos modos en que la cultura articula, explica, da sentido, practica y habita el espacio experiencial etario desde diferentes situaciones y posiciones. En este sentido, las clases de edad (en forma de categorías o sistema de clasificaciones) y las generaciones (a modo de grupos clasificados y producidos como tales, con cierta experiencia y disposiciones históricas comunes) constituyen, antes que agentes colectivos “efectivamente actuantes” (Bourdieu, 1990), una *perspectiva analítica* a partir de la cual reconstruir las condiciones sociales de producción y organización de los grupos en torno a las clasificaciones etarias (Martín Criado, 1998) y a la referencia al tiempo histórico, al pasado y la tradición (Thompson, 1993). Con esto queremos plantear que la edad forma parte del repertorio cultural a partir del cual las personas posicionadas en distintos puntos de la estructura social (una estructura en la que lo etario también funciona como factor organizador²⁷) interpretan el mundo para actuar sobre él.

En este sentido, Lenoir comprende la cuestión etaria como resultado de luchas entre generaciones, que son, a la vez, luchas de clasificación, de división social del trabajo y del trabajo social de división (Lenoir, 1993). Si observamos que durante décadas en todo el mundo el desempleo juvenil duplica o triplica el desempleo de adultos, entendemos que la desigual apropiación de los recursos en el mercado de trabajo está profundamente mediada por la cuestión etaria (aunque, obviamente, no de manera aislada). Aquí estamos intentando plantear algo más: no hablamos de las edades simplemente en el sentido de agrupamientos efectivos, sino también de clasificaciones. Las edades estructuran la identificación de grupos en términos de víctimas, responsables y culpables de las problemáticas derivadas de la situación de pandemia: la edad es central para comprender cuáles fueron los conflictos interpretativos sobre el Covid-19, pero también sobre la política que lo gestionó (o debió gestionarlo).

En otras palabras, la cuestión etaria se define en el proceso de producción de los agentes y sus disposiciones, la producción de esquemas de pensamiento, acción y percepción de la realidad social y orga-

27 Para profundizar sobre esta cuestión, ver Gutiérrez, Mansilla y Assusa (2021).

nizacional en términos de “problemas generacionales” (Martín Criado, 1998). Una clave de lectura, de intervención, de demandas autoritativas y reclamos morales con matriz etaria (Vommaro, 2014). Si los adultos mayores fueron el primer grupo-objetivo prioritario de cuidado, luego los discursos mediáticos pasarían a concentrarse en niñas, niños y jóvenes como víctimas, y muy prontamente, como responsables y victimarios de los contagios y las muertes en pandemia. Si durante los primeros meses la clave económica se imponía como diagnóstico de los discursos sociales con mayor circulación, la cuestión etaria, educativa y de sociabilidad iría ganando terreno como hipótesis de lectura del mundo pandémico (Kessler et al., inédito).

El trabajo y la inversión de energía social, cultural y mediática que involucra la producción de esquemas etarios de acción y percepción adquiere sentido en la medida en que se vuelve vital, si no para los procesos de distribución de poder hacia el interior de las comunidades, espacios y organizaciones, al menos para la regulación de sus relaciones, su legitimación, redoblamiento, reproducción y construcción simbólica.

En este sentido, se vuelve necesario adoptar una perspectiva profundamente relacional de los vínculos y las dinámicas generacionales, que definen grupos y distribuyen personas entre las categorías de “niños”, “jóvenes”, “adultos” y “adultos mayores” y, al mismo tiempo, distribuyen de manera homóloga la jerarquía y el poder organizacional, la legitimidad, la autoridad y el poder simbólico, pero también las responsabilidades, la visibilidad pública, la empatía y la simpatía por sus condiciones.

Con el objetivo de observar la producción y estructuración de las relaciones inter-generacionales, Mauger echa mano a la reelaboración secuencial de una serie de conceptos centrales para las ciencias sociales. En primer lugar, hace uso de un gesto bourdieusiano al pasar de la noción marxiana de *modo de producción* a la categoría de *modo de reproducción*, un desplazamiento que favorece la mirada descentrada del trabajo productivo y las relaciones de producción, para pensar conjuntamente los procesos de distribución, aprovisionamiento, cuidado y consumo, ampliando también del ámbito estrictamente material a la dimensión simbólica.

(...) los agentes reproducen sus posiciones (y en este mismo acto, tienden a reproducir la totalidad de la estructura de posiciones), a través de un conjunto de prácticas fenoménicamente muy diferentes -estrategias laborales, culturales, de organización doméstica, de natalidad, etc.- que

tienden a funcionar como sistema –con sus reemplazos funcionales y sus mecanismos compensatorios– (Bourdieu, 1988b), presuntamente, por ser producto de un mismo principio unificador y generador: el *habitus* (Bourdieu, 1988b: 122; 1991). (Gutiérrez, Mansilla y Assusa, 2021).

Dándole continuidad a estos desplazamientos conceptuales, Mauger avanza sobre la cuestión etaria elaborando una categoría como la de *modo de generación*, en tanto regulación de la transmisión, intercambio y distribución de recursos (distintas tipologías de poderes, capitales y legitimidades) entre generaciones sociales, oponiendo y aliando, regulando el conflicto y limitando las alianzas posibles entre “viejos” y “jóvenes” de un espacio social (Mauger, 2013). Esta noción puede resultar central para nuestro esquema interpretativo.

Modo de *generación* (en el sentido de *génesis*) de los agentes y sus disposiciones (Martín Criado, 1998), que se vuelve identificable y relevante justamente cuando el contexto estructural y los instrumentos de reproducción se transforman y mutan de manera sustancial. Beaud y Pialoux (2015) y el mismo Mauger (2012) analizan, en sentidos homólogos, las transformaciones identitarias de los jóvenes de clases populares en Francia a partir de la crisis de reproducción material y simbólica de esta clase social (la debacle del sector industrial en el mercado laboral francés), que pone a disposición el denominado “capital agonístico” y la “actitud de combate” (Mauger, 2012; Beaud y Pialoux, 2015) como recursos clave en la cultura de la calle: la fuerza física, devaluada en un mercado de trabajo transformado, se erige como valor diferencial en el denominado mundo del “hampa” (Mauger, 2012). Lenoir (1993) plantea el ejemplo de un cambio tecnológico como la invención del fuelle para los artesanos del vidrio y el trastocamiento relacional que produjo la devaluación del saber técnico acaparado por los adultos maestros vidrieros, reemplazado luego por la nueva maquinaria productiva.

Sin dudas la pandemia impactó de lleno en los instrumentos de reproducción locales. Para mencionar algunos de estos cambios: la cuarentena anuló la posibilidad de ocupaciones muy habituales en el mundo popular (como la venta ambulante) y puso en valor los saberes informáticos y digitales, ni hablar el equipamiento computacional y la conectividad como recursos. El cuentapropismo no profesional sufrió el golpe más evidente durante la primera etapa, pero también la rama de la construcción, un sector con alta presencia de jóvenes varones de clases populares. La interrupción de la dinámica cotidiana de dos de los

principales instrumentos de reproducción en nuestra sociedad (como el mercado laboral y el sistema escolar) sin dudas reordenó los modos de generación en tiempos de pandemia. La pregunta es cómo fue este reordenamiento y qué impactos tuvo en las formas en las que la sociedad le dio sentido e interpretó estos cambios. ¿Puede haber existido algo equivalente a lo mencionado en las investigaciones de Beaud, Pialoux, Mauger y Lenoir con los jóvenes argentinos durante la pandemia? ¿Pueden haber revalorizado recursos específicos ante el brusco cambio de contexto? ¿Existió algo del orden de las experiencias en empleo precario y el capital vital (Chaves, 2021) de las juventudes que sirvió para darle rendimiento diferencial a sus perfiles en relación a trabajar en pleno contexto de aislamiento?

Problemas laborales, brechas generacionales

En plena cuarentena el 34% de las y los jóvenes estaba desempleado en Argentina (según los datos de la EPH-INDEC), el triple de desempleados que podíamos encontrar entre adultos en la misma época. En otras palabras: 1 de cada 3 jóvenes buscaba activamente trabajo sin poder conseguirlo. Llama la atención que esto sucedía en un contexto de abrupta e inédita caída de la tasa de actividad económica. Esto significa que, habiendo menos jóvenes (pero también adultos) trabajando o buscando trabajo, había una proporción mayor que no podía insertarse laboralmente (aunque lo intentara). En solo un trimestre en 2020 la tasa de actividad cayó 10 puntos porcentuales (pp) al mismo tiempo que el desempleo subió casi 7 pp.

El problema sería pensar la dinámica de la relación (ratio) intergeneracional como una novedad pandémica. En todo el siglo XXI en Argentina la ratio entre el desempleo de jóvenes y de adultos osciló entre 2,8 y 4,5 veces, siempre con mayor afectación de jóvenes. Hubo épocas en las que el desempleo descendió con fuerza en términos generales (6,4% en 2013) o específicamente para jóvenes (16,5% en 2007). También hubo épocas en las que la brecha entre jóvenes y adultos llegó a niveles máximos (2016). En todo caso lo que queda claro es que la brecha etaria en relación al desempleo es una tendencia estructural a nivel global que lleva mucho tiempo sin resolverse.

En relación a la informalidad, la dinámica es distinta. Durante todo el siglo XXI en Argentina la brecha o ratio de informalidad entre jóvenes y adultos se ha mantenido en torno a las 2 veces. Pero lo que se observa

es que justamente en el período de cuarentena estricta, en el que el desempleo aumenta casi 3 pp, la informalidad laboral desciende 12 pp, para volver a subirlos casi automáticamente el trimestre siguiente. ¿Qué puede haber sucedido? Que las pérdidas de empleo sufridas a raíz de la pandemia hayan estado particularmente concentradas en el sector informal, que como planteamos afecta casi 2 veces y media más a jóvenes que a adultos, y que llegó a una proporción de entre 6 y 7 de cada 10 jóvenes en 2020 (según los datos de la EPH-INDEC). Nuevamente, este dato parece más una tendencia estructural que una novedad absoluta de la crisis producida por la llegada del Covid-19: desde 2018 que la informalidad laboral entre jóvenes no caía por debajo del 60% en nuestro país.

Tampoco debemos olvidar que hablar de “jóvenes” en un sentido genérico es siempre una abstracción. Con datos de la ESAyPP/PISAC-Covid-19 podemos afirmar que, en referencia al desempleo, la brecha entre jóvenes y adultos (3 veces) es menor que la brecha que existe entre jóvenes de ingresos altos y jóvenes de ingresos bajos (más de 4 veces). Según estos datos relevados durante el último trimestre de 2021, las y los jóvenes no solamente están casi 2 veces y media más expuestos a la informalidad laboral, sino que además tienen tasas de afiliación sindical 2 veces menores a las de adultos. Durante pandemia, las y los jóvenes habrían participado la mitad que los adultos en reuniones o asambleas sindicales, aunque el triple de jóvenes declara que su trabajo cambió desde 2020. Casi la mitad de las y los jóvenes estuvieron desocupados al menos 2 meses durante 2020, mientras que un tercio de los adultos vivió esta situación. Sin embargo, mientras que el 40% de las y los jóvenes de ingresos medios o altos sufrieron este tiempo de desempleo en pandemia, fue la situación del 58% de las y los jóvenes de ingresos bajos.

Casi 19% de las y los jóvenes debieron renunciar o fueron despedidos desde que comenzó la pandemia (entre jóvenes de bajos ingresos esta situación afectó al 26%), mientras que esta experiencia fue vivida por un 9% de los adultos. Sin embargo, entre quienes habían perdido sus empleos durante el ASPO solo el 34% de las y los jóvenes seguía en esa situación a finales de 2021, contra un 71% de los adultos. Aquí nuevamente, la posición económica de las familias es fundamental: entre las y los jóvenes de bajos ingresos el 63% de quienes habían perdido sus empleos en 2020 continuaba desempleado a finales de 2021.

A pesar de ser imaginada como una generación de nativos digitales, solo el 15% de las y los jóvenes pudo mantener su puesto laboral mutando hacia una modalidad mixta o de teletrabajo, contra el 27% entre adultos. Roxana Maurizio (2022) muestra que en 2020 hubo brusco crecimiento del teletrabajo que llegó a representar un cuarto de las y los ocupados en Argentina. A continuación, hubo un marcado descenso, pero manteniéndose para finales de 2021 todavía en valores bastante superiores a 2019 (11% del total de ocupados, 6% del total de asalariados).

Esto no se explica por una cuestión exclusivamente “tecnológica”, sino por la calificación de los puestos laborales en los que estas personas están insertas. De hecho, apenas el 7% de las personas de ingresos bajos accedieron a la modalidad de teletrabajo durante la pandemia, contra el 35% de las personas de ingresos medios o altos (5 veces más).

Sostenemos, entonces, que las y los jóvenes estuvieron durante todo el siglo XXI más expuestos al desempleo y la informalidad. Tienen menos derechos en el mundo del trabajo y, por lo tanto, menos acceso a herramientas colectivas de organización. También parecen tener unos mecanismos más fluidos de rotación laboral: al perder un empleo, consiguen más rápidamente otro, probablemente tan precario como el anterior. Y en las situaciones de pobreza todo esto empeora: los jóvenes siguen arrojados a las peores condiciones y, para colmo, tienen más dificultades que sus coetáneos para resolver velozmente su inserción laboral.

El impacto de la crisis provocada por la pandemia parece fluir por las estructuras de desigualdad pre-existentes, haciendo que sean las y los jóvenes los primeros en perder sus empleos (en su gran mayoría, precarios). En conjunto, esto también hace comprensible que sean proporcionalmente quienes más accedieron a políticas de sostenimiento de ingresos como el IFE: el 39% de los jóvenes encuestados accedió a esta política (56% entre los grupos de ingresos bajos), contra un 24% de los adultos.

Repensar las problemáticas de empleo juvenil en la postpandemia

Necesidad, pragmatismo y plataformas

El crecimiento de las ocupaciones en la llamada *gig economy* o economía de plataformas durante la pandemia -un segmento con particular

asociación estadística con la población joven- constituyó una de las principales preocupaciones de la época: ¿Estamos ante la presencia de un factor que transforma la morfología del empleo joven? Además, está la cuestión de sus particulares condiciones de contratación: ¿Esto implicaría un aumento de la informalidad laboral para las y los jóvenes? Finalmente, aparece la pregunta sobre sus afinidades con el ideario neoliberal de flexibilización y promoción del “emprededurismo” ¿La irrupción de la *gig economy* en su formato de plataformas de *delivery* transformó las expectativas laborales de las y los jóvenes en nuestro país?

Pérez Martirena (2022) muestra el modo a partir del cual el trabajo en plataformas de reparto y distribución se constituyó en una opción viable para para resolver la cotidianeidad en el marco de la pandemia. En este sentido, resalta la importancia de no comprender este tipo de empleo a partir de las precarias condiciones laborales que impone o, en el otro extremo, “la independencia laboral”, la “autonomía” o la ideología asociada a “ser tu propio jefe”.

La autora indaga las ambivalencias, los matices y las experiencias previas que propiciaron la decisión de las y los jóvenes de trabajar en estos formatos. En algunos casos, la flexibilidad del trabajo en plataformas permitió sostener el cursado virtual de carreras universitarias o de la secundaria; incluso, para quienes se quedaron sin empleos al comienzo del ASPO este tipo de trabajo representó “una salida laboral rápida”.

En otras situaciones, se constituyó en una herramienta que les permitió negociar con sus familiares adultos que no salieran a trabajar por el riesgo que implicaba el COVID-19 para ellos. Así, optar por el *delivery* posibilitó que abuelas, madres o padres dejaran de trabajar momentáneamente. Aquí operó fuertemente la idea de un *capital vital* a favor de los más jóvenes que reduciría la posibilidad de contagio para en sus propias representaciones.

Muchos de las y los trabajadores de plataformas de reparto y distribución que entrevistó Pérez Martirena (2022) consideraron que las medidas tomadas por el gobierno nacional fueron inevitables y necesarias. Uno de los temores más grandes para ellos fue la posibilidad de contagio y/o muerte de sus familiares adultos, lo que movilizó a muchos jóvenes a tomar la decisión de salir a la calle a repartir para que los adultos se quedaran en sus hogares. La autora señala, a partir de la reconstrucción de relatos juveniles, que no tuvieron la sensación de estar poniendo en riesgo la propia vida en el trabajo e indica que la explicación más recu-

rente sobre esto fue “la condición juvenil”, la impermeabilidad frente al virus y las prácticas de cuidado que asumían dentro del horario laboral.

De ninguna manera esto quiere decir que no hayan padecido angustias, temores, ansiedad e incertidumbre sobre la posibilidad de contagiar a sus familiares, pero, frente a los “grandes peligros de su actividad laboral, los cuales identifican como robos, hurtos y accidentes viales” (Pérez Martirena, 2022: 94) no consideraron el contexto sanitario o la inversión en elementos para el cuidado de la salud que la empresa no proveía (como alcohol y barbijos) como una diferencia sustancial a los riesgos y vulnerabilidad a la que, usualmente, se exponían.

A partir de esto, nos preguntamos si “la condición juvenil” o el “capital vital” alcanzan por sí solos para explicar las prácticas de estos jóvenes. En este sentido, es esclarecedor establecer una relación entre tal proceso y aquello que Semán (2022) denominó “pragmatismo epidemiológico”, es decir: la reapropiación de las medidas sanitarias y su implementación heterogénea, fragmentada y, a veces, contradictoria. Para el autor, “en este tipo de comportamiento pragmático no se negaba, al menos no totalmente, ni la existencia del virus, ni la letalidad de la enfermedad, aunque se ejercían cálculos de costo y beneficio al respecto de la posibilidad de contagio y respecto de las propias posibilidades de contagio” (42) al momento de tomar decisiones o “salir a repartir”.

Este tipo de comportamiento, resultó ser la principal forma a través de la cual interactuaron las y los jóvenes, pero también, terminó siendo una lógica mayoritaria (más allá de la edad) a medida que aumentaron los cuestionamientos a las medidas estatales frente al Covid-19 y a las recurrentes extensiones del ASPO y el Distanciamiento Social Preventivo y Obligatorio (DISPO).

La mayoría de experiencias que recupera Pérez Martirena indican que, aunque los proyectos laborales de las y los jóvenes son inciertos y están subsumidos a la alta incertidumbre que produjo el contexto pandémico, para ellas y ellos este tipo de trabajo de plataforma es parte de algo ocasional y temporal. “Para los que reparten este trabajo tiene una dimensión más instrumental que simbólica” (95), incluso, desde sus perspectivas tampoco resultan problemáticas ciertas características que este posee (como el ranqueo, el pago por tareas, la adquisición individual de las herramientas para desarrollarlo), pues lo entienden como un “medio” para resolver diversos aspectos de la vida cotidiana. En este sentido, la autora afirma que, en el caso de estudiantes de carreras terciarias o universitarias, trabajar actualmente en plataformas no implica que no

construyan proyecciones laborales vinculadas a empleos mejores pagos y relacionados con sus futuras profesiones.

Barriach, Chaves y Trebucq (2022) señalan que las medidas que el gobierno puso en juego para mitigar los efectos de la pandemia (como el IFE, el aumento de la AUH) fueron centrales para la resolución de la vida cotidiana en este tiempo. Sin embargo, la virtualización de los trámites tuvo un efecto desigual entre quienes tenían o no conectividad y/o dispositivos de calidad. En los casos en que sí existían estos recursos, las herramientas y habilidades pertinentes para hacer el trámite se constituyeron en un condicionante relevante. Para las autoras, en ocasiones, esta situación produjo una nueva brecha de acceso.

Otras discusiones sobre el IFE se interrogaron acerca de su alcance real en la resolución de la vida cotidiana, es decir: ¿cuánto podían hacer las y los jóvenes y sus familias con estos montos de dinero? En los casos de las familias en peores condiciones estructurales, que se quedaron sin trabajo y vivían el “el día a día”, Rajoy y Semán (2022) sostienen que el IFE y las diversas asistencias sociales provenientes de las organizaciones territoriales solo mitigaron parcialmente los gastos cotidianos: “el agujero siempre fue más grande que el remiendo” (28).

No obstante, una de las estrategias más recurrente de las y los jóvenes para gestionar la vida cotidiana fue la sumatoria de trabajo, ayudas económicas o becas de estudio. Pérez Martirena (2022) muestra que algunos jóvenes decidieron ingresar a trabajos de plataformas de reparto y distribución durante el ASPO y combinaron este tipo ingreso junto al IFE y la beca de estudio PROGRESAR: “sin esas ayudas no me alcanzaba” (89). En una investigación propia en la provincia de Córdoba esta situación tuvo continuidad con matices: en algunos casos el IFE se destinó a instalar conectividad a internet y a la compra dispositivos tecnológicos (celulares, impresoras) para asegurar la permanencia del vínculo con la escuela; esto sucedió al mismo tiempo que muchos jóvenes que antes del Covid-19 no trabajaban, salieron a hacerlo en los rubros más solicitados en el momento (lugares de venta de comida, *delivery*) para complementar los ingresos familiares. Estos jóvenes combinaron IFE y trabajo para sostener sus propios procesos de escolarización y contribuir al sostenimiento económico de sus familias. Estas experiencias nos permiten tensionar e interrogar muchas de las construcciones que circulan en los medios de comunicación sobre este grupo poblacional.

Identificar estas estrategias no debe hacernos olvidar que, en la mayoría de las ocasiones, las y los jóvenes han tenido acceso a trabajos

informales y precarios. En una especie de círculo vicioso, fueron estas mismas condiciones las que produjeron que algunos quedaran desempleados, por ejemplo, al no poder tramitar certificados de “trabajadores esenciales” (Welschinger, 2022).

Programación, informática y la consolidación de nuevos simbolismos del trabajo

Como contracara de este proceso, junto al crecimiento de las plataformas de reparto y distribución también aumentó la demanda del rubro de programación informática durante la pandemia, otro sector particularmente asociado a trabajadoras y trabajadores jóvenes. A diferencia de la codificación “más instrumental que simbólica” que se ponía en juego en el caso de las y los repartidores, las y los programadores que comenzaron en el rubro durante la pandemia sí construyen algunas características de sus identidades y modos pensar y dividir el mundo social en relación a este tipo de labor. Pérez Martirena, Semán y Welschinger (2022) señalan que estos jóvenes se auto perciben como “beneficiados” de la pandemia y como quienes “encontraron la oportunidad en la crisis” (99). La mayoría de los casos que analizan dan cuenta de que la opción hacia la programación –a la que llegaron por diferentes vías– estuvo relacionada con conseguir trabajos “seguros” (en términos epidemiológicos, es decir, en la casa y lejos de los contagios), flexibles y mejores pagos que otros.

“Armarse la propia carrera” a base del esfuerzo individual o familiar (algunos adultos aportaron ahorros para la compra de dispositivos específicos) es una característica recurrente en los relatos de estos jóvenes.

A su vez, la posibilidad de una organización flexible del tiempo les permitió continuar sus estudios previos, muchos de ellos fuera del ámbito de la programación y, en otros casos, profundizar su especialización en este ámbito. Para la mayoría de las experiencias que reconstruyeron los autores, ser programador no es entendido como algo temporal. Además de la demanda constante (“llueve trabajo”), construyen una particular manera de significar este segmento del mundo laboral: “no hay ñoquis acá, tampoco hay mafia, si laburas es por tu CV”, “pero hay que tener ganas y saber que vas a emprender” (112). Al mismo tiempo, desde esta perspectiva se contraponen en relación a los empleos formales de sus amigos o conocidos: “Tengo amigos de mi hermano que tienen treinta años y viven quejándose. Son médicos, abogados, contadores” (112).

Al poner en diálogo las experiencias de los trabajadores de plataformas con las de los programadores es interesante hacernos algunas preguntas: ¿qué capitales disponibles y diferenciales hubo en cada uno de los casos para inclinarse hacia un tipo u otro de trabajo? ¿en qué medida la urgencia de la resolución de la vida cotidiana obligó a los repartidores a permanecer o salir por primera vez a la calle? Y en el caso de los programadores: ¿cuánto significaron los capitales familiares disponibles para permitirles la valorización de y el “aprovechamiento” del tiempo del encierro para hacer cursos, capacitaciones y aprender la especificidad del lenguaje informático? Estas preguntas reafirman la necesidad de pensar a las y los jóvenes en relaciones inter-generacionales, sociales y territoriales en las que están inmersos. En estos casos, la mera dimensión etaria no nos permitiría construir abordajes complejos de las estrategias que construyeron en un contexto de crisis.

Transformaciones múltiples de los modos de generación en la post-pandemia argentina

Nuestro argumento se orienta a interpretar la situación laboral de las juventudes en la postpandemia argentina a partir del interrogante sobre la transformación del modo de generación en el marco de la crisis desatada por la llegada del Covid-19. En este sentido, podemos sostener que, particularmente durante el período de ASPO, se generó un *impasse* en la dinámica del mercado de trabajo que permitió un *reordenamiento de los recursos* para la inserción laboral de las juventudes (una caída en el valor de la experiencia y un aumento en el valor del capital vital y las competencias digitales en términos de la emergente epidemiología lego) y una *renegociación de los roles y las relaciones de fuerza de las clases etarias hacia el interior de las familias* (particularmente en las relaciones de cuidado entre jóvenes y adultos, recodificadas también en términos epidemiológicos en el contexto pandémico).

Y si bien este *impasse*, tanto como la “salida de la pandemia”, impactaron particularmente en las oportunidades y las condiciones laborales de las juventudes argentinas (los jóvenes fueron los que primero perdieron sus empleos, los que con mayor dificultad pudieron virar hacia el teletrabajo y los que en mayor proporción se veían y siguen viéndose afectados por la informalidad laboral), los datos con los que contamos no nos permiten hablar de una reconfiguración o un cambio abrupto de lógicas y dinámicas estructurales. Antes bien, lo que se observa es una

profundización y un agravamiento de los canales y las estructuras distributivas que reproducen (por momentos, más virulentamente que antes) unas desigualdades societarias que vienen tramándose durante décadas.

En este sentido, entendemos que es necesario tomar con cuidado las voces que anuncian un cambio radical en las expectativas y el simbolismo laboral de las juventudes argentinas. Volviendo sobre la noción de modos de generación, la producción de nuevos individuos en clave etaria -en términos de *producción de nuevas disposiciones sociales* para el trabajo- se insinúa singularmente entre jóvenes pertenecientes a posiciones de clase medias y medias altas, con patrimonios familiares mejor provistos económica y culturalmente, que parecen identificar en la moral emprendedora la verdadera contracara de las problemáticas sociales de la “vagancia” y la “dependencia” del Estado y, en este sentido, un horizonte de futuro prometedor material y simbólicamente en el contexto nacional.

Tanto en lo referente a la emergencia de nuevos fenómenos en la demanda de fuerza de trabajo (las economías de plataforma) como en el crecimiento del teletrabajo y de la incorporación de tecnología digital en el empleo (que, como mostramos, no aparece en términos estadísticos particularmente habilitada para las y los trabajadores jóvenes), la *instrumentalidad* y el *pragmatismo* se constituyeron en modos relativamente generalizables de las y los jóvenes para relacionarse con estos fenómenos emergentes. Las inserciones novedosas en plataformas de *delivery* no implicaron, bajo ningún punto de vista, la adhesión global a relatos neoliberales en torno a la valoración positiva del emprendedurismo como horizonte de futuro. Antes bien, los discursos que relevaban las investigaciones consultadas, tanto como las nuestras, muestran una persistencia de modelos más clásicos de expectativas laborales, como las del empleo “en blanco” con acceso a seguridad social, cobertura de salud, derechos laborales e ingresos económicos relativamente estables.

Bibliografía

- Barrera Insua, F., Noguera, D. y Busso, M. (2022) La pandemia y el empleo registrado privado en Argentina. Un análisis de la desigualdad salarial en clave regional y sectorial. *Cuestiones de Sociología*, 26, 1-15.

- Barriach, C., Chaves, M. y Trebucq, C. (2022) Vidas juveniles populares en pandemia: entre “acá la cuarentena no existe” y “el día a día está imposible”. En: Vommaro, P. (Coord.) *Experiencias Juveniles en tiempos de pandemia*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Beaud, S. y Pialoux, M. (2015) *Repensar la condición obrera. Investigación en las fábricas de Peugeot de Sochaux Montbéliard*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Benza, G. y Kessler, G. (2021) *La ¿nueva? Estructura social de América Latina. Cambios y persistencias después de la ola de gobiernos progresistas*. Buenos Aires: Siglo XX.
- Bourdieu, P. (1990) La ‘juventud’ no es más que una palabra. En *Sociología y cultura*. México DF: Grijalbo. Pp. 163-173.
- Chaves, M. (2010) *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Chaves, M. (2021) Por-venires en tiempos distópicos (o acerca de juventudes, desigualdades, pandemia, utopías, Estados, la vida, la muerte, y... ¿algo más?). En: Marcon, F. y Parfentieff de Noronha, D. (Org.) *Juventudes e desigualdades sociais em tempos de crise e radicalização política*. Criação Editora.
- Elizalde, S. (2022) (Des)Afectar el cuerpo. Resonancias de la pandemia. En Vommaro, P. (Coord.) *Experiencias Juveniles en tiempos de pandemia*. Buenos Aires. Grupo Editor Universitario.
- FCS-UNC (2020) *Informe Preliminar Relevamiento sobre la actuación de las fuerzas de seguridad en Córdoba*. Córdoba: Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba.
- Gutiérrez, A., Mansilla, H. y Assusa, G. (2021) De la grieta a las brechas. Pistas para estudiar las desigualdades en nuestras sociedades contemporáneas. Villa María: Editorial Universitaria de Villa María.
- Kessler, G., Assusa, G., Monti, D. y Moriconi, M. (inédito). *Disputas por la Igualdad a partir de la Crisis Covid-19 en Argentina*. Informe final de Beca CLACSO.
- Lenoir, R. (1993). Objeto sociológico y problema social. En Champagne, P., Merllie, D. y Pinto, L. (coords.). *Iniciación a la práctica sociológica*. Siglo XXI. Madrid. Pp. 57-102.
- Martín Criado, E. (1998). *Producir la juventud. Crítica de la sociología de la juventud*. Itsmo. Madrid.
- Mauger, G. (2012). Las bandas, el hampa y la bohemia popular. El espacio de los estilos de vida marginales de los jóvenes de las clases populares en Francia. En Battistini, O. y Mauger, G. (comps.). *La difícil inserción de los jóvenes de clases populares en Argentina y Francia*. Prometeo: Buenos Aires. Pp. 73-98.
- Mauger, G. (2013). ‘Modos de generación’ de las ‘generaciones sociales’. *Sociología Histórica*, 2, 131-151.

- Miranda A. y Alfredo, M. (2021) El impacto de la pandemia Covid-19 en la inserción laboral de las juventudes en Argentina: intersecciones entre clases y géneros. *Última década*, 57, 125-158.
- Núñez, P. (2020) Un tiempo escolar fuera de lo común: los jóvenes y sus sentidos sobre la escuela secundaria. En: Dussel, I., Ferrante, P. y Pulfer, D. (Comp) *Pensar la educación en tiempos de pandemia. Entre la emergencia, el compromiso y la espera*. Buenos Aires: UNIPE.
- Pérez Martirena, S. (2022) “Mañana hay que salir de nuevo”: experiencias de trabajadores de plataformas de reparto de La Plata en contexto de pandemia. En Navarro, F. y Semán, P. (Org.) *Dolores, experiencias, salidas. Un reporte de las juventudes durante la pandemia en el AMBA*. Buenos Aires: RGC Libros.
- Pérez Martirena, S., Semán, P. y Welschinger, N. (2022) Ganarse la vida tecleando. El boom de la programación durante la pandemia. En Navarro, F. y Semán, P. (Org.) *Dolores, experiencias, salidas. Un reporte de las juventudes durante la pandemia en el AMBA*. Buenos Aires: RGC Libros.
- Rajoy, R. y Semán, P. (2022) “El agujero es más grande que el remiendo”: miedos, oscuridades y elaboraciones pandémicas. En Navarro, F. y Semán, P. (Org.) *Dolores, experiencias, salidas. Un reporte de las juventudes durante la pandemia en el AMBA*. Buenos Aires: RGC Libros.
- Roxana M. (2022) *Un crecimiento débil y crisis global frenan la recuperación del empleo en América Latina y el Caribe*. Lima: OIT.
- Semán, P. (2022) Politización de las muertes, pragmatismo y “mejorismo”: emergentes de la pandemia. En Navarro, F. y Semán, P. (Org.) *Dolores, experiencias, salidas. Un reporte de las juventudes durante la pandemia en el AMBA*. Buenos Aires: RGC Libros.
- Thompson, E. P. (1993). *Costumbres en común*. Barcelona: Editorial Crítica-Grijalbo Mondadori.
- Vommaro, P. (2014). Juventudes, políticas y generaciones en América Latina: acercamientos teórico conceptuales para su abordaje. En Alvarado, S. V. y Vommaro P. (comps.). *En busca de las condiciones juveniles latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO - El Colegio de la Frontera Norte - Universidad de Manizales – Cinde. Pp. 11-36.
- Vommaro, P. (2022) Juventudes y desigualdades en tiempos de pandemia: entre las persistencias y las emergencias. En: Vommaro, P. (Coord.) *Experiencias Juveniles en tiempos de pandemia*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Welschinger, N. (2022) La escuela por WhatsApp. La experiencia educativa de las juventudes de sectores populares durante la pandemia. En Navarro, F. y Semán, P. (Org.) *Dolores, experiencias, salidas. Un reporte de las juventudes durante la pandemia en el AMBA*. Buenos Aires: RGC Libros.